

Si éste no es el pueblo, ¿el pueblo dónde está? Configuraciones literarias de la izquierda peronista en las novelas El Pepe Firmenich de Jorge Emilio Nedich y Timote de José Pablo Feinmann

ROGNA, Juan Ezequiel / UNC - CONICET - ezextencial@yahoo.com.ar

Eje: Literatura Argentina

Tipo de trabajo: ponencia

» *Palabras clave: política y ficción -Montoneros -pueblo peronista*

» *Resumen*

El campo literario argentino de los últimos años presenta una proliferación de relatos que tematizan/problematizan acontecimientos históricos y políticos recientes, fundamentalmente en lo referido a la última dictadura militar y a los avatares del movimiento peronista. En este segundo caso se destacan, dentro de un conjunto de obras que abordan la lucha armada de la década del '70, algunas pocas configuraciones literarias de los máximos líderes Montoneros. Tales son los casos de *El Pepe Firmenich*, de Jorge Emilio Nedich (2003), y *Timote. Secuestro y muerte del general Aramburu*, de José Pablo Feinmann (2009). Partimos de la hipótesis según la cual estos relatos vendrían a ocupar el vacío discursivo generado por la desaparición física (Abal Medina, Sabino Navarro, Arrostito, etc.) o política (Firmenich) de los principales responsables de la conducción montonera. En este sentido, tanto Feinmann como Nedich apelan a la novela asumiendo la posibilidad de establecer otro orden de cosas a través de la literatura, operación que les permite ocupar dicho vacío para abordar “desde adentro” el accionar de los grupos armados de izquierda e indagar en los orígenes de la violencia política argentina. Nuestra intención, entonces, será la de analizar ambas obras en pos de comprender cuál es la perspectiva generacional que cada una presenta, cómo ese otro orden se constituye por medio de la oscilación entre el ensayo histórico y la ficción literaria y cuáles son las configuraciones del “pueblo peronista” y su cultura entendida como una otredad a un mismo tiempo cercana y distante.

› *Introducción*

En el transcurso del presente siglo, el abordaje de acontecimientos históricos y políticos relativamente recientes ha cobrado creciente relieve dentro del sistema literario argentino. Entre estos textos preeminentemente narrativos, se destaca la tematización de sucesos acaecidos durante la última dictadura militar, así como también los diferentes avatares del movimiento peronista en general y de la lucha armada protagonizada por la llamada “Tendencia Revolucionaria”, de manera particular. Podríamos citar a modo de ejemplo un abanico de creaciones ficcionales que, en ocasiones, se entrecruzan con el ensayo en pos de un plausible diálogo entre literatura y pensamiento. Entre ellos: *En otro orden de cosas* (Rodolfo Fogwill, 2001), *La más maravillosa música (una historia de amor peronista)* (Osvaldo Bazán, 2003), *Cosa de negros* (Washington Cucurto, 2003), *La aventura de los bustos de Eva* (Carlos Gamerro, 2004), *La lengua del malón* (2003), *El amor argentino* (2004) y *77* (2008) de Guillermo Saccomanno, *La vida por Perón* (Daniel Guebel, 2004) y *El campito* (Juan Diego Incardona, 2009). Sin llegar a ser exhaustiva, esta lista nos da una acabada muestra de la variedad en torno a la generación de pertenencia de los autores y sus abordajes temáticos y tratamientos éticos y estéticos. En este sentido, mientras Fogwill o Saccomanno pertenecen a una primera generación de narradores nacidos hacia la década de 1940, Guebel, Gamerro y Bazán forman parte de una generación intermedia, a caballo entre los '50 y los '60; por su parte, autores nacidos hacia principios de los años '70 como Cucurto o Incardona, se asimilan a la que Elsa Drucaroff denomina “segunda generación de postdictadura”, es decir, el conjunto de escritores que comienzan a publicar alrededor del año 2000 y que constituyen la llamada Nueva Narrativa Argentina. Por otra parte, es posible establecer tonos compartidos en relación al abordaje de los temas según las respectivas proximidades biográficas. Por supuesto que hay excepciones, pero resulta llamativo el tono solemne y la perspectiva trágica que suelen emplear los primeros, es decir, los autores pertenecientes a la generación que protagonizó en los años de su juventud la vida política, social y cultural de las décadas de 1960 y 1970; mientras que aquellos narradores de la generación que, parafraseando a Gamerro, aquí llamamos *intermedia*, se permiten un tono humorístico que puede volcarse tanto hacia la sátira (caso Guebel) como hacia la parodia (caso Gamerro). Por otro lado, podemos advertir a ese tono socarrón que, según Drucaroff, sobrevuela la Nueva Narrativa Argentina, eclosionando en la citada obra de Cucurto para desestructurar por completo no sólo la proliferación de relatos que urdidos en torno a la lucha armada, sino también cualquier posibilidad de construcción de relatos. Finalmente, dentro de la narrativa argentina reciente y con el antecedente cucurtiano, aparecerán autores que, como Incardona, reunirán los fragmentos para abordar la temática desde matrices genéricas como el relato de aventuras o la épica.

Ahora bien: más allá de la amplitud de narraciones que abordan estos temas y problemas, son pocos los casos en los que encontramos literaturizados a quienes fueran los líderes de Montoneros, la máxima agrupación guerrillera de extracción peronista durante los '70. En décadas pasadas, las principales novelas políticas se circunscribían mayoritariamente a las grandes figuras del panteón. *La novela de Perón* (1985) y *Santa Evita* (1995) de Tomás Eloy Martínez pueden entenderse como los ejemplos más emblemáticos de este tipo de aproximación. Pero en los últimos años esta perspectiva fue dando paso a la configuración de personajes de segundo orden dentro de la gran trama histórica, emplazados mayoritariamente en relatos autobiográficos o autorreferenciales. Dentro de este marco, durante la década del 2000 dos novelas sobresalen por abordar a las principales figuras montoneras: *El Pepe Firmenich* (2003) de José Emilio Nedich y *Timote* (2009) de José Pablo Feinmann.

› *El pueblo peronista, esa otredad cercana y distante*

Claude Grignon y Jean-Claude Passeron, en su ensayo *Lo culto y lo popular*, tomaron nota de cierto desplazamiento teórico y metodológico efectuado desde la antropología hacia la sociología. En virtud de este desplazamiento, la lejana otredad abordada por la primera se convirtió en una otredad inserta en el mismo entramado sociocultural al que pertenecen los cultores de la segunda. Así, lo popular entendido como el pueblo y su cultura (o "sus culturas") fueron identificados por sus signos diferenciales dentro de un marco discursivo que tendía a objetivizarlos en pos de aprehenderlos. Lo popular resultaría, entonces, un fenómeno propio de sociedades estratificadas en las que se presentan relaciones de fuerza internas dentro de las cuales se establecen posiciones de dominación y de resistencia. En este sentido, y desde una perspectiva gramsciana, la cultura popular resulta concebida en los términos de una contrahegemonía, es decir, como una fuerza que erosiona desde adentro a la hegemonía. Sin embargo, teóricos como Carlo Ginzburg no han dejado de señalar una paradoja inevitable en los campos de estudio y teorización sobre el tema: para que las culturas populares se visibilicen *en y para* la cultura dominante, es necesaria la intermediación de algún individuo letrado. Paralelamente, Geneviève Bolléme llegará a preguntarse, partiendo de una concepción intrínsecamente política de lo popular, cómo es posible que un intelectual escindido del pueblo pueda hablar de lo popular sin compartir ni su lengua ni su experiencia. Sin posibilidades de profundizar en las múltiples derivaciones ontológicas, epistemológicas y metodológicas que se desprenden de estos planteos, los introducimos con la intención de que nos sirvan como puntos de partida para elaborar un primer análisis de las novelas de Nedich y

Feinmann. En ese sentido, ambas obras coinciden en relación a la construcción de esa otredad llamada *pueblo peronista* que efectúan los líderes montoneros. Veamos.

Más allá de las interpretaciones que establecen un forzado paralelismo entre el peronismo y el fascismo a razón del supuesto verticalismo unidireccional encarnado por un líder que manipula a las masas a su antojo, podríamos afirmar que aquello que los movimientos populistas en general y el peronismo en particular le han aportado a la vida política de nuestro país ha sido la identificación de un sujeto histórico concreto. La “chusma ultramarina” o los “cabecitas negras” fueron asumidos como sujetos capaces de transformar las condiciones de existencia por parte del radicalismo yrigoyenista y, posteriormente, del justicialismo. A raíz de la aparición de estos acontecimientos, surge y se desarrolla una matriz de pensamiento nacional y popular que concibe al pueblo como fundamento de la nación, a la vez que el forjador de una contrahegemonía capaz de erosionar desde adentro los basamentos del Estado constituido sobre los pilares del liberalismo económico y el conservadurismo político. Ahora bien, hacia fines de la década de 1960 y principios de los años '70, se produjo un particular fenómeno dentro del movimiento peronista. En una primera instancia, luego del derrocamiento de Perón y de la proscripción del peronismo por parte de la autoproclamada Revolución Libertadora hacia mediados de los '50, fue el propio sector obrero el que daría forma a la “Resistencia”. Sin embargo, una década más tarde, y frente a las constantes represiones estatales, ese “pueblo peronista” combativo entró en un período de repliegue que cedería los terrenos de la *praxis* contrahegemónica a una nueva generación. Estos jóvenes, embravecidos por el triunfo y el espíritu expansivo de la Revolución Cubana, optaron por la lucha armada, tomaron como bandera al peronismo y establecieron como primera consigna el regreso de Perón a la Argentina. Pero esos jóvenes nucleados en diferentes agrupaciones que integrarían la “Tendencia Revolucionaria” del Movimiento eran, en su mayoría, hijos de padres antiperonistas de clase media-alta, a la vez que poseedores de amplias y variadas lecturas, y acabarían sucumbiendo en las paradojas planteadas por Ginzburg y Bolléme. Es decir, por un lado se autoconfigurarían como los visibilizadores de la cultura popular peronista y sus intermediarios frente al *entabishment* argentino; por otro lado, caerían en la imposibilidad fáctica de ser la vanguardia de un pueblo con el que no compartían ni su lengua ni su experiencia. Estas aseveraciones, desde luego, podrían desdibujarse si tomamos al conjunto de la Juventud Peronista de la década del '70. Pero si nos atenemos a las altas esferas de su conducción, las paradojas podrían extremarse hasta llegar a resquebrajar el destino mismo de la Organización. Así, las configuraciones de los líderes montoneros en las obras de Nedich y Feinmann resultan sumamente productivas: en ambas notamos un mismo intento de aproximación a la subjetividad de estos jóvenes en relación a esa otredad

popular. A los fines expositivos, proponemos adentrarnos en cada una de ellas de manera separada sin dejar de establecer puntos de conexión entre ambas.

› *El Pepe Firmenich: desencuentros*

Como una excepción a la regla que marcábamos en la Introducción, Nedich no aborda la temática con el distanciamiento irónico característico de la generación intermedia a la que pertenece. Por el contrario, al igual que Feinmann, Nedich narra una tragedia. Pero a diferencia de Feinmann, la tragedia no se reduce al episodio del secuestro y la muerte de Aramburu sino que se expande al encuentro y desencuentro entre los Montoneros y el pueblo peronista, traducido a su vez en el desencuentro entre Perón y los Montoneros y entre la cúpula de la Organización y sus bases. Nedich apela a un relato coral en el que toman alternadamente la palabra algunos de los principales líderes: Mario Firmenich, Norma Arrostito y Rodolfo Walsh. Sus voces irán tensando los hilos de una trama que atraviesa toda la década del '70, desde el Operativo Pindapoy hasta las contraofensivas de 1978 y 1979. La novela, además, se divide en dos mitades con prístinos títulos: Génesis y El fin. La primera parte transcurre entre 1970 y 1973, es decir, desde la aparición pública de Montoneros hasta el retorno de Perón. Su cuarto capítulo se titula "El romance con el pueblo"; allí se narra en boca de los propios líderes montoneros los pormenores del secuestro y el ajusticiamiento de Aramburu, así como también el posterior asesinato de Fernando Abal Medina. Llegado a este punto, Firmenich dirá: "(La muerte de Abal Medina) Nos otorgó una representatividad en el pueblo que sorprendió a los agachados del gobierno, que no podrán erradicarnos fácilmente. (...) Ya para La Calera, estábamos en el imaginario popular del hombre nuevo que puebla y se multiplica en nuestra bendita Argentina." (Nedich, 2003, p.51) La cita resulta elocuente para marcar la visión distanciada de Firmenich respecto del "imaginario popular" sobre el que debía trabajar la Organización. En su novela, Feinmann coincide con este "romance" inicial entre los Montoneros y el pueblo, pues entiende que el secuestro y la muerte de Aramburu, principal referente de la Revolución Libertadora, tuvo una amplia aceptación popular. En otros términos, el pueblo habría entendido a los Montoneros y los Montoneros habrían entendido al pueblo, y esta dinámica le habría otorgado legitimidad al discurso montonero en relación a su "representatividad" popular. En la novela de Nedich, y dentro del meteórico crecimiento experimentado por la organización durante sus primeros años, Firmenich se creará en condiciones de teorizar sobre la vanguardia y el pueblo efectuando una crítica a "la izquierda" de "grupúsculos inexistentes, sólo representativos de sí mismos, a los que el pueblo peronista está lejos de comprender" (2003, p.53). A la vez, sostendrá:

“para nosotros, el movimiento del pueblo es el que genera la vanguardia (...). El pueblo es nuestro sujeto histórico, los trabajadores, los principales protagonistas del cambio y el peronismo, la identidad política de todos los argentinos.” (Ídem) Ahora bien, existe una falla en este planteo, pues al mismo tiempo que sostiene desde la teoría la condición de “sujeto” activo de ese pueblo, en la *praxis* montonera quedará reducido a ser mero espectador del drama o, a lo sumo, a constituirse como el emisor de una consigna que sólo los jóvenes Montoneros estarían en condiciones de interpretar y traducir a la arena política. Feinmann lo expresará en los siguientes términos cuando se refiere a esta marca de origen no exenta de paternalismo: “(Al asesinar a Aramburu, Fernando) Se ensució las manos. Le ahorró eso al pueblo peronista. Dejen, esto lo hago yo. Meto las manos en la mierda por ustedes. Que son trabajadores, que tienen familias que alimentar, que no se pueden permitir la clandestinidad.” (2009, p.19) En este sentido, se irá imponiendo una clara ambivalencia entre la asunción retórica de una mismidad popular y la conciencia táctica sobre la necesidad de relacionarse con la otredad encarnada por ese pueblo que, efectivamente, trabaja en las fábricas y vive en las villas. Asimismo, otra marca de origen que se vislumbra en la cita se irá instaurando con fuerza creciente: el uso de la violencia como herramienta política. Firmenich se mostrará consciente de la necesidad de instalar un imaginario martiriológico que garantice “una especie de existencia metafísica fácilmente percibida por el pueblo”, ya que, asegura, “nuestros mártires caídos, presentes en el canto del pueblo, nos ubicarán en un lugar de privilegio frente al Viejo.” (p.88) Sin embargo, este mismo entramado entre los “valores de uso” asignados por la conducción montonera a los mártires de la Organización, al pueblo peronista y al propio Perón, será el que les impedirá, llegado el momento, abandonar las armas y actuar políticamente. Bajo el liderazgo de Firmenich, Montoneros acabará trazando un círculo vicioso demarcado por la necesidad de contar con mártires para acercarse al pueblo, la necesidad de contar con ese pueblo para disputarle el liderazgo y negociar con Perón y la necesidad de contar con Perón para forjar esa Patria Socialista que inevitablemente habría de instaurarse, de acuerdo a la *doxa* revolucionaria imperante.

La segunda parte de la novela narra la consumación de esa tragedia anunciada. En efecto, el alejamiento con el pueblo se irá profundizando luego del retorno y de la muerte de Perón, a razón de la progresiva militarización de la Organización y de decisiones tan alejadas del “imaginario popular” como el asesinato de José Ignacio Rucci, Secretario General de la CGT. Aquí, Nedich contrapuntea las voces de los tres líderes para poner de relieve la soberbia de Firmenich, quien seguirá autoconfigurándose como el único capaz de interpretar al pueblo y, por ello, de ocupar el lugar de Perón, con la humanidad de la Gaby y la lucidez de Walsh. Ella confiesa: “en ese período afloraron las contradicciones en nuestras

ideas y concepciones políticas. Nos costaba ubicar al pueblo: ¿era nuestro destinatario? ¿Nos jugábamos por sus necesidades? ¿O por nuestras ideas?” (p.127) Por su parte, Walsh advertirá a Firmenich: “Compañero Pepe, si no se detiene a reflexionar políticamente, vamos a una guerra que no estamos en condiciones de sostener. No tenemos industrias ni industriales que apoyen nuestro modelo de país; no tenemos crédito; somos una organización revolucionaria a la que no le da el cuero para aspirar a más, porque se malogró el buen trabajo hecho con el pueblo.” (2003, p.155) Hacia el final, con el paso a la clandestinidad operado por Firmenich, Montoneros se adentrará en una confrontación armada comandada por líderes que, viviendo como celebridades en el exterior, digitarán suicidas contraofensivas a una salvaje dictadura militar hacia finales de la década. Los mártires montoneros, ya huérfanos “soldados de Perón”, se multiplicarán. Pero las vidas sacrificadas no se traducirán en un mayor acercamiento al pueblo ni en una mayor representatividad popular. Así, las paradojas de Ginzburg y de Bolléme se convierten en tragedia al exceder el campo de la representación para perderse en la *praxis* militarista.

› *Timote: una tragedia*

En su novela, Feinmann no trabaja solamente sobre la configuración de las subjetividades montoneras sino también sobre la del Aramburu de 1970, es decir, la de un ex antiperonista acérrimo que ha madurado políticamente frente a su propio fracaso y se encuentra dispuesto a negociar con Perón. Quizás por eso las subjetividades de los líderes y fundadores de la organización se estructuran de manera más homogénea dentro de la obra. En este sentido, Feinmann no busca ponerlas en interno contrapunto sino en tensión con el pensamiento de Aramburu; y encuentra que allí es donde cobra relieve el carácter trágico del acontecimiento. Siguiendo la sentencia hegeliana, se trataría de la lucha entre lo justo y lo justo, del enfrentamiento a muerte entre fuerzas políticas motivadas por diferentes razones dentro de un mismo entramado histórico. La novela va desarrollando entonces una operación dialéctica entre ambas posiciones. Asimismo, la voz narradora abre continuos paréntesis en donde se filtra el ensayo filosófico. En ese sentido, la obra funciona como complemento de las largas reflexiones en torno al peronismo que el autor venía desarrollando a la par. Con respecto a la interacción dialógica, aquí será el propio Aramburu quien cuestionará esa asumida capacidad de los jóvenes montoneros de constituirse como vanguardia del pueblo. Citamos uno de los tantos diálogos que se suceden en la estancia perteneciente a la familia de Carlos Ramus en Timote, enmarcados dentro del juicio revolucionario a Aramburu llevado a cabo por Montoneros:

“(Aramburu) ¿Cómo saben ustedes lo que quiere el pueblo? ¿Por qué hablan en su nombre con tanta certeza? Si esta estancia es de alguien de ustedes, les comunico que el pueblo no tiene estancias. Y que ustedes no son parte de él.

-Eso es una estupidez, general –dice Fernando, ofuscado-. Nosotros somos un grupo de vanguardia. Ni Lenin ni Fidel ni el Che ni Artigas ni Dorrego eran gente del pueblo. Pero no ignoraban lo que el pueblo quería. Porque, a diferencia de usted y los suyos, lo escuchaban, sabían de sus sufrimientos, de la explotación a que ustedes lo someten.” (p.153)

Podemos observar aquí cierta similitud entre la argumentación de Abal Medina y la posición de Firmenich en la obra de Nedich: los jóvenes montoneros serían una “antena” que entiende al pueblo y lo traduce. Así, la vanguardia no se disgregaría de la masa sino que se vería impulsada por ella. Estamos aquí en los albores de la historia montonera y su argumentación resulta convincente de cara al “romance” con el pueblo que la Organización experimentará en sus primeros años. Sin embargo, la voz narradora va estableciendo paréntesis en los que interactúa, desde nuestro tiempo presente, con los argumentos expuestos por los protagonistas de la tragedia. En ese sentido, en un determinado momento llegará a plantear “un problema complejísimo” en torno a la supuesta delegación de la representación popular, discutiendo con Abal Medina e imprecando a los jóvenes montoneros:

“Ustedes son la vanguardia. La vanguardia siempre sabe más que el pueblo. Por eso es la vanguardia. Pero ese saber condena a la vanguardia a actuar al margen del pueblo. A alejarse de él. Este alejamiento es peligroso. Produce un resultado paradójico y a menudo trágico: el pueblo no sabe lo que sabe la vanguardia: la vanguardia no sabe lo que sabe el pueblo. Al no saberlo, tampoco sabe lo que quiere.” (p.79)

Si nos detenemos un momento sobre la cita, veremos que presenta una contradicción interna: por un lado, dice que a vanguardia sabe *más* que el pueblo, y acto seguido, afirma que los saberes de la vanguardia y del pueblo son *diferentes*. Por lo tanto, la relación entre ambos no se mediría en términos cuantitativos sino cualitativos. Y ésta, quizás, sea una posible resolución a la paradoja epistemológica que, llevada al plano praxiológico de la violencia política, acabaría en la tragedia señalada por Nedich. En efecto, si el pueblo y la vanguardia se reconocen como mutuas otredades abiertas al diálogo, la imposibilidad fáctica de una plena representatividad del uno sobre el otro no sería un problema sino una nueva posibilidad a indagar en la confluencia de ambos vectores.

› *Conclusión*

A contramano de la teoría de los dos demonios y lejos de las abundantes acusaciones de locura o irracionalidad en el accionar de los grupos armados durante la década del '70, las obras de Nedich y Feinmann indagan en las razones históricas que llevaron a miles de jóvenes a optar por la violencia política. Para ello, construyen ficciones realistas a través de las cuales configuran las subjetividades de los líderes montoneros para ponerlas en tensión. Partiendo de la ausencia discursiva generada por la desaparición física y política de los líderes montoneros, alumbran los escasos ejemplos literarios que trabajaron sobre grandes figuras históricas en la Argentina de la década del 2000. Al analizar los textos, hemos podido observar cómo esas subjetividades se construyen en buena medida alrededor de la compleja relación mantenida con esa otredad encarnada por el pueblo peronista. Los jóvenes montoneros, en este sentido, habrían estructurado una peligrosa autoconfiguración que los llevó a considerarse la vanguardia legítima del pueblo mientras le otorgaban un valor de uso dentro de su desacertada estrategia militarista. Si bien ambas novelas se estructuran de manera coral, existe una marca de origen que atraviesa toda la trayectoria montonera: la opción por la violencia política. Fundamentalmente bajo el liderazgo de Firmenich, las armas irán ocupando un lugar cada vez más preponderante dentro de la Organización y el desencuentro con esa otredad popular se consumará a la par de los fallidos intentos por negociar la sangre derramada. Y así, por estos senderos extraviados, la cúpula montonera acabará en el desquicio estratégico de plantear una guerra imposible de sostener.

› *Referencias bibliográficas*

- Drucaroff, E. (2011). *Los prisioneros de la torre. Política, relatos y jóvenes en la postdictadura*. Bs. As.: Emecé.
- Feinmann, J. P. (2009). *Timote. Secuestro y muerte del general Aramburu*. Bs. As.: Planeta.
- _____. (2010). *Peronismo: filosofía política de una persistencia argentina*. Tomo I. Bs. As.: Planeta.
- _____. (2011). *Peronismo: filosofía política de una persistencia argentina*. Tomo II. Bs. As.: Planeta.
- Grignon, C. y Passeron, J. C. (1991). *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura*. Bs. As.: Nueva Visión.

Nedich, J. E. (2003). *El Pepe Firmenich*. Bs. As.: Ediciones B Argentina.

Zubieta, A. M. (Dir.). (2000). *Cultura popular y cultura de masas. Conceptos, recorridos y polémicas*. Bs. As.: Paidós.